

las academias de los filósofos, los palacios de los reyes, las ciudades y los bosques. Millares de mártires la rubrican con su sangre; los tormentos, las fieras carnívoras no infunden terror: la muerte perdió su imperio. Las prisiones, los hierros y el fuego son señales de triunfo como la cruz. El hombre acabó su esclavitud: todos suspiran por una patria verdadera y perdurable: vense sembrados por los sepulcros principios de inmortalidad. La resurreccion de Jesucristo se multiplica en cada uno de los fieles. En la persecucion se renueva este dia grande, y llenos de júbilo hacen resonar el grito; *¡Aleluya!* Dios y los cielos responden; *¡Aleluya!* En medio de la paz universal claman á una voz; *¡Aleluya!* Diez y ocho siglos han visto el clamor de gloria, los que saldrán del abismo de lo futuro repetirán; *¡Aleluya!* y aniquilado el Universo, la Iglesia triunfante hará sonar por los espacios infinitos al Dios de la eternidad: *¡Aleluya!*

En los cuarenta dias que siguieron á la resurreccion, el Señor se dejó ver á menudo por los apóstoles, y en ocasiones diferentes, ya en traje de hortelano y viajero, ya introduciéndose prodigiosamente en el aposento en que se hallaban reunidos, y cerradas todas las puertas. Sabida es la tenacidad del apóstol Tomás, en no creer en la resurreccion de su divino Maestro, sino sobre el testimonio de sus sentidos, y su confusion despues delante del Señor. Véase cómo la fe reportó un triunfo de su misma incredulidad.

¿Por qué brilla el recinto venturoso
De repente bañado en lumbre pura?
¿Tal vez alzóse de la tumba oscura,
Cual lo predijo, el Vencedor glorioso?
La dócil grey en éxtasi amoroso
Se arroba contemplando su hermosura,
Y aquel que no creyó, mete en la hondura
De sus llagas el dedo tremuloso.
El atónito apóstol que le adora
La ruborosa faz corrido esconde,
Porque el triunfo osó negar de CRISTO,
Y mientras mudo su perdon implora,
El DIOS resucitado le responde:
¡Feliz el que creyó, sin haber visto!

Mas acercábase la hora en que despues de haber instruido Jesucristo á los suyos sobre el modo con que debian predicar su celestial doctrina,

y doblar suavemente el mundo al yugo santo del Evangelio, los eternos decretos le llamaban al cielo, cumplida ya sobre la tierra su mision augusta. El dia que cumplia los cuarenta de su resurreccion, salió con sus apóstoles de Jerusalem, sobre el medio dia, y se dirigió á las alturas de Betania, lugar que habia sido tantas veces testigo de las plegarias, de los sudores, de las angustias y de los padecimientos del Salvador, y que iba ahora á recibir sus últimas pisadas antes de subir al cielo.

“Llegado á la cima de la alta montaña, dice Orsini, desde la cual se descubre el mar Muerto, las aguas profundamente encajonadas del Jordan y las gigantescas palmeras de la llanura de Jericó, el Salvador se detuvo en un espacio libre á corta distancia de un bosque de olivos, que fué cortado por los romanos en la época del sitio de Jerusalem.”

¿Y qué va ha hacer allí el Hijo de Maria? Parémonos un instante en este misterio, en el cual se encierran como en compendio otros misterios, los espacios y los tiempos, el universo y la eternidad. Ante todo, advertimos en el ascenso del Hombre Dios el mas glorioso, el inefable triunfo de la naturaleza humana. Grande fué su elevacion, cuando el Verbo inmortal se unió á ella en el seno virginal de una criatura. Mas cumplido el soberano designio de la rehabilitacion del hombre, podia deshacerse de ella, y volverse al seno del Padre, como persona meramente divina. Pero nó, Dios Hombre resucitado y glorioso, asocia nuestra naturaleza á su inmortalidad, y es y será por eternidades el Hombre Dios en la diestra del Padre. ¿Qué gloria, qué infinita gloria para nosotros, criados de barro animado por el soplo de Dios, tener sobre el trono de los cielos un semejante nuestro en Dios Hijo, revestido de nuestra carne; una persona divina que representa, por decirlo así, toda la humanidad redimida y reconciliada con Dios, y que entre los eternos resplandores que la rodean, presenta las formas humanas, la figura que le plugo el Dios darnos cuando dijo, criados ya los mundos: ¡Hagamos al hombre á nuestra imájen!

Antes de elevarse, pues, el Hombre Dios al sόlo de su eternidad, dirigió la palabra á sus elejidos. El Espirita Dios descenderá sobre vosotros y os dará fuerza para ser mis testigos en Jerusalem, en Judá, en Samaria, y en toda la tierra hasta el fin de los tiempos. “Y acercándose á sus apóstoles, fija en ellos las últimas miradas de su infinita bondad, levanta sobre ellos sus manos divinas y vuelve á hablar: “Dios os guarde y os proteja; él os ilustre, y su gracia sea en vosotros y su mirada os siga y os dé la paz inmortal.” ¡Cielos y tierra! vosotros lo sabéis, despues de haber así bendecido á sus discípulos, el Hijo del Eterno habia acabado su mision sobre la tierra. Una nube diáfana desciende de las alturas de lo infinito, se acerca, llega, cubre al Mesías como un man-

to de luz, y sube con él delante de ciento y veinte mortales absortos. Los fieles le siguen con su vista, y sus ojos quedan fijos en el azul del cielo. Los últimos espíritus celestes de la comitiva divina, brillantes como el ampo de la nieve, se dirigen á los discípulos y les dicen: "¿Qué aguardais aquí? Jesus, á quien acabais de ver subir al cielo, estará siempre con vosotros." Los dos inmortales han desaparecido: los coros llenan los espacios etéreos con los himnos de gloria al triunfador de la muerte: los cielos se preparan para la entrada solemne del Hombre Dios... y los apóstoles descienden silenciosos del monte de las Olivas, esperando el bautismo de fuego con que ha de bañarlos el Dios Espiritu para la conquista del mundo.

Mas ¡ay! que la nube que envolvió á Jesus como un manto de gloria en su ascension á los cielos, ha de volverle á traer en el último dia de los tiempos para juzgar la especie humana! ¡Entonces la humanidad presente de Jesucristo, que reina en el cielo, aparecerá formidable contra los que han degradado en sí mismos á fuerza de iniquidad la imájen del Hombre Dios, la naturaleza rescatada con sus humillaciones y con su sangre! ¡Entonces sonará la trompeta de las venganzas, y el fuego de la justicia, alentado con el soplo de Dios, reducirá á puvesas las maquinaciones de los hombres, y hasta el globo que les sirvió de peana para insultar al cielo! La ascension, pues, se enlaza con el futuro descenso, la despedida con la vuelta, el dia apacible y postrero de la obra de la redencion con el dia terrible de la satisfaccion y de la vindicta; la nube en que se eleva el Señor derramando bendiciones sobre el mundo recien redimido, es la nube que ha de traerle para juzgar á los siglos con la llama de su poder.

¿Por qué velado de nube cándida
Sube y sorprende los ojos miseros
De los mortales, junto á Betania
El Hombre Dios?

¡Ah! ved sus huellas: marcado mirase
Sobre la arena su pié pacífico,
Y el aura llena de olor balsámico
Celeste luz.

¿Qué haceis postrados? ¿qué mas atónitos
Pedis al cielo? ¿qué otros prodigios,
La vista alzada, del aire fulgido
Ora aguardais?

Voló y cercóle la luz espléndida
De inmortal gloria, y á los alcázares
Del alto Empireo tiene su sólio
Que ocupa ya.

¡Ah! vos le visteis manso y pacífico
Bienes do quiera derramar pródigo,
Y á su voz sola darle su victima
La muerte atroz.

Y en Galilea y en Tiberiades
Presta natura cumplir sus órdenes,
Y obedecerle las ondas dóciles
De inquieto mar;

Y derramando sangre purísima
En leño infame fallecer lánguido,
Y horrorizando su faz flamígera
Cubrir el sol.

Ya redimida la gran progenie
Del que gustara fruta mortífera,
Asciende orlado de la victoria
El Salvador.

A dó reinado potente, altísimo
Cabe su Padre y Amor-Espiritu
Hasta el terrible dia de cólera
No bajará.

De la trompeta ya el son horrísono
Del ancho mundo llena los ángulos:
Las sordas tumbas al querer ábrense
Del que tronó.

¡Y guay! Sus presas vomitan pávidas:
Generaciones brotan, agólpanse
Sobre mil otras, que años sin número
Dormían ya.

Y de vivientes cual ondas túmidas
Que se atropellan la tierra, inundase,
Que á torbellinos al val derrámanse
De Josafat!

Y de repente cosa el estrépito:
Reina do quiera silencio lóbrego,
Y ¡miserable! aguardo trémulo
La voz del Juez.

Es de notar que la ascension del Señor no aparece con aquel carácter sombrío y terrible que helaba de espanto á los pueblos de los antiguos tiempos. No se oyen allí los bramidos del trueno, ni fulgura el siniestro resplandor del rayo, como en la cumbre del Sinaí, ni un carro de llamas desciende para arrebatar á Jesus como al profeta del Carmelo. Jesus se levanta suavemente por los aires, y le envuelve una nube con serena y apacible majestad, que guarda analogía con el dulce y amoroso carácter de la ley nueva, que ha traído á la tierra para los justos una parte de las dulzuras del cielo. El aparato formidable de un Dios vengador, se aguarda para el último de los días, cuando revestido con los rayos de su poder, descenderá al culpado é ingrato mundo, á pedir cuenta á los hombres de la sangre que derramó por ellos.

El sublime Klopstock sigue en alas de su fantasía poética la marcha triunfante del Hombre Dios al través de los astros y de los espacios, hasta sentarse en la diestra del Padre. Ved ahí una muestra de su poesía magnífica: nos parece que el genio alemán, tan elevado como el cantor inglés del *Paraiso perdido*, se remonta á las regiones mas encumbradas de la poesía cristiana. ¡Cuán claro se deja ver en este poema que el verdadero manantial de las inspiraciones sublimes y fecundas se halla en las doctrinas de la Fé, y que, como dijo muy bien el apologista mas célebre del cristianismo de este siglo, la religion es la única que merece reinar sobre la lira!

“Marcha ya el Mediador Supremo mas allá de las regiones de la nube, rodeado de la multitud resplandeciente, y siguiendo la senda luminosa que conduce al eternal trono. Delante de todos lánzase Gabriel, cuya celeste cabellera flota en lijeros bucles en torno de su radiosa frente: el arpa de oro toma alma en sus manos, y forma con la voz del arcángel dulcísimos conciertos.

“¡Empezad el canto de triunfo! Mas no es abandonéis á los raptos de un entusiasmo temerario! ¡El himno de Jesus es el que vais á cantar! ¡Este himno entrará en los siglos eternos y resonará por los inmensos espacios!

Uno de los coros de los mortales resucitados deja escapar sus trasportes de terror y de alegría. Las arpas meliodiosas murmuran acentos suaves, y resuena como un trueno profundo repetido por el eco lejano el metal triunfador de los cielos. Así de lo alto de la áspera montaña se desliza la plateada corriente, y llena con apacible murmullo el bosquecillo, mientras que el arroyo de las selvas con su curso lento y silencioso va arras-

trando entre zarzas y ruinas. Y el coro de los justos, levantando hácia el Mediador sus miradas húmedas con lágrimas de placer, canta la loa del vencedor de la muerte.

Allá en los años eternos, cuando aun no existia el frágil universo, antes de nacer la noche y el día y los mil y mil astros que pueblan los espacios, antes que volase el querubín revestido con el resplandor del firmamento; desde entonces, tú fuiste inmolado; ¡oh Hijo del Eterno!

¡Víctima santa del altar del Gólgota! ¡Cordero del holocausto! ¡reconciliación de los seres caídos!..... ¡fuente de la clemencia! ¡tu sangre fué derramada, y tú mismo te viste herido por la muerte!

Tal te viste ya en los años eternos, cuando no existian aún flores ni Océano, cuando no verdeaban ni la montaña ni el valle, ni el polvo se hallaba trasformado en cielos de luz, ni la tierra llevaba en su seno un sepulcro.

Y uno de los ángeles del juicio, deja caer su diestra poderosa que lleva la trompa que despertará el sueño de los sepulcros, mientras otro coro canta en acento majestuoso.

¡El yacía ensangretado! ¡Sus huesos no fueron rotos; así lo quiso aquel á quien fué inmolado el cordero de Passah! ¡El hisopo fué empapado en sangre, y tiñó las puertas de los hijos de Judá!

¡Ay de vosotros! ¡Ay de vosotros á quienes no señaló la sangre del Cordero, cuando la noche envolvió súbitamente la tierra con su manto de horror! Vino ¡ay! la formidable noche. ¡El exterminador ha bajado de los cielos, y con vuelo lento y terrible ha tocado ya las ondas del Egipto!

Levántanse voces lastimeras de todas partes, y el grito del terror recorre toda la orilla. ¡Cerca del trono yace sin vida el heredero del imperio, y sobre él gimen de dolor el padre que le engendró y la madre que le dió la luz del día!

La muerte ha penetrado hasta las prisiones mas profundas; el bruto ha visto morir su joven renuevo, mientras que en los campos de Ramsés resuenan los cánticos y las lágrimas de alegría; ¡la sangre del Cordero ha salvado el hogar!

El arpa hace resonar mas fuertes acentos: la trompeta estremece los espacios con el ruido de numerosos truenos; un nuevo coro derrama á torrentes la armonía de sus cantos; vuelan poderosos querubines, cuyo vestido es llama, y cuya faz resplandeciente coronan rayos de gloria.

¡Eternal tipo del vasto imperio en que brilla el universo! TU ERES: ¡y el primitivo caos recibió sus formas! ¡La innumerable legion de Jos

mundos va rodando por los espacios, y tiemblan de sorpresa porque han recibido el sér!

Al grito del Criador, el Hijo del Eterno, que retumba armado de los rayos de su poder, manda al movimiento que corra por órbitas inmensas. ¡Lento ó rápido, el rayo brilla, hiende la esfera y arrebatada de asombro al habitante del globo que huye!

¡Así nació el imperio eterno del Mediador divino! La sabiduría y la gloria brillan en el diseño de su vasta creación. ¡Felicidad de todos! ¡tú descendes tambien del seno de la miseria!

¡Sendero de lágrimas! Cantadle herederos del sepulcro; ¡herederos de la luz! ¡Cantadle, hermanos de aquel que conoció la muerte! Cantad la via misteriosa que de la miseria conduce al trono del juicio, porque vosotros tambien juzgaréis con él.

¡Laberinto de dolores! ¡Aspero sendero por dó se trepa al monte de las pruebas! La noche del sepulcro lo encubre á vuestros ojos. Mas la sangre ha manado ya, y el trono recibe al mortal rescatado de la muerte!?

El vástago de Jeddo, cuando vivia sobre la tierra de los mortales, mas hoy hijo de la resurreccion divina, se adelanta del coro, y en el humilde júbilo que trasporta su alma, se acerca al Señor y celebra con su arpa el instante solemne en que se descubrió á Zema desde una profética distancia.

Jesus el Pontífice, ¿no entra en el santo lugar que cubre el velo de los misterios? ¡Parece que no sea puro, pues en presencia de los ángeles temblorosos, Satanás acusa de pecado al Pontífice de Judá!

Se le ha dado un vestido cándido á los ojos del Eterno, y su clemencia le quita la grave carga del pecado, porque el elejido del Omnipotente debia descender á la tierra, ¡Zema! ¡fué el grito de los cielos y los ángeles oyeron el nombre de Zema!

¡Vienes tú, oh Mediador, y el velo no cubre ya mas el lugar de la clemencia! ¡Para siempre es arrancado del templo de los misterios, pues que tú por tí mismo entras en el umbral del santuario divino!

El te llama ¡oh pueblo afortunado! bajo las pámpanas de su viña: él te llama bajo la sombra de una higuera! ¡El divino salterio celebra la fiesta del sacrificio de la alianza!

Tú vienes, ¡oh Zema! ¡Proclámenle nuestras voces con los sublimes acentos de un salterio celestial! ¡Zema! ¡tú vienes! Así debajo los tabernáculos de la gran solemnidad vuela el canto de la alianza. ¡Zema! ¡Tú sufriste la muerte! ¡Tú la venciste!

¡Oh cómo resuenan las arpas de los cielos! ¡Cómo balancean las palmas en las manos de los vencedores! ¡Cuán brillante irradiaba la faz de

los espíritus cuando se derrama como un torrente de armonía el himno de alabanzas á la gloria del Salvador!

¡En la hora que Jesus esclamó que todo estaba consumado, nuestras lágrimas corrieron, pero nuestras almas se abismaron en rios de salud! ¡Dios admitió el polvo en los campos de la luz, en el reino de la salud! ¡Desde lo alto de la Cruz Jesus le llama á la salud eterna!

El Hombre Dios caclamó: parece ¡oh universo! y de repente nacen innumerables legiones de libres inteligencias, tal como nace el rocío de las luces de la aurora. Ellas son creadas para una gran felicidad: de lo alto de la Cruz Jesus les dá la salud.

¡Oh legiones! A distancias infinitas suena la divina palabra: ¡Todo está cumplido! ¡El arpa angélica la llena mezclada á los dulces acentos de los cielos! Innumerables sois vosotros todos los que á su nombre doblais la rodilla, colmados por él de mayores felicidades.

Habian ya concluido el himno del amor cuando, llevado de divinos trasportes, se adelanta un coro de refringentes resucitados, blandiendo las palmas del triunfo á los acentos de un dolor celeste compañero de la beatitud.

¡Adoracion, alabanzas, gloria al Eterno! ¡Gloria al Cordero inmolado por nosotros! ¡El sube á la inmortal Sion, que brilla de inefables resplandores! ¡Oh cómo fluyó sobre tí la sangre de la clemencia, altar del Gólgota! ¡Alabanzas al Hijo del Señor, que se inmola por nosotros!

¡Alabanzas al Salvador de los hijos de la muerte! ¡Alabanzas y gloria al Hijo sublime que creo el universo! ¡Tú arrancas á la noche los mil astros de los cielos que derraman como un torrente la luz etérea. ¡Mandas tú, y de un vuelo rápido miden lo infinito del espacio!

¡Alabanzas y gloria al Eterno! ¡Gloria al Cordero inmolado por nosotros! ¡Gloria al Hijo sublime que aterró la muerte! ¡Tú arrancas de la noche de los infiernos á los que hirió el mortal agujon! Ellos huyeron de su perdicion y de su eterno abismo!

Y con una piadosa mirada otro coro contempla la tierra que va rodando debajo de sus plantas. Allá habitaron ellos la cabaña y el sepulcro, allá habian triunfado de la muerte. Y uniendo sus voces, cantan al Redentor de los tristes mortales.

¡A Dios y al Hijo que vuelve á Dios, gloria, salud! Humillad vuestras frentes y coronas, espíritus inmortales! ¡Sembrad las sendas del trono con las fúlgidas palmas que os da el Señor!

Vosotros que, humillados en la miseria, recorréis todavía las regiones del dolor! ¿Por qué estas lágrimas? Un día caeréis también al pié del trono, semejantes en gloria á los espíritus de los cielos!

¡Así recompensa Jesús! ¡Así señala el precio á los sufrimientos!
¡Triunfo sublime! ¡El á guarda á todo aquel, que, fiel hasta el fin, llevó el peso del dolor!

Silencio, ¡oh lágrimas! vosotras que consoláis los pesares fugitivos, no debilitéis mas el corazón del inmortal! Al término se halla la recompensa; llegue hasta el vallo de la muerte este canto de fidelidad.

Y cantando estos himnos han llegado al celeste Empireo. Por entre sus astros brillantes, descubren otras almas conducidas por celestes espíritus. Vuelan los querubines llevados por el ala de los trasportes, y las almas sobre el ala trémula de sus nuevas alegrías. Allá están justos mortales que dejaron sus tristes restos en la llama ó en el sepulcro: elejidos de todos los pueblos, que habitaron todas las zonas de la tierra. Desde el momento de la consumación divina, pues así lo manda el Señor, él se ha reunido en los campos brillantes del celeste Empireo. Sus lágrimas y sus cantos espresan su felicidad, pues por la vez primera te contemplan, ¡oh esencia divina! Y el coro de los resucitados saluda con un nuevo canto á la gloriosa muchedumbre de sus hermanos.

¡Ellos llegan, y se han elevado aquí desde la vida de las pruebas! Ellos recorrieron con dolorosa planta vuestros sombríos senderos, ¡oh regiones de la muerte! ¡Libres y afortunados, han escapado ya de la miseria; bien lo revela su llanto, y los celestes trasportes, y la calma celeste de que rebozan sus corazones!

¡Oh felicidad! Herederos de aquel, que como vosotros, marchó también por la senda de la muerte, ¿quién os conduce al término sublime en donde os aguarda el premio? ¿Quién podrá espresaros, oh celestes raptos de júbilo inmortal?

¡En dónde murmuró jamás en suaves acentos el arpa que os esprime?
¡En qué lugar resonaron sus celestiales melodías? ¿De dónde los llevaron á sus apacibles riberas, ó rios cristianos, los vientos del Empireo?
¡Cuándo agitaron tu soberbia cima, ¡oh palma de Sion! que reberdeces sobre la orilla del torrente!

Y las almas sienten nuevos trasportes de aquella nueva vida; su himno se mezcla con los cantos del ejército del vencedor.

Nosotros marchamos al triunfo; ¡ángeles del Eterno! como vosotros, herederos de la luz! ¡Seguimos á Jesús en el camino de los cielos! ¡Oh muerte! ¡Rápido vuelo hácia la felicidad! ¡Oh tumbas, y vuestro horror fugitivo! ¡Vosotros os convertís en dicha; en cielo, en salud inmortal!

¡Ser divino! ¿Quién sabrá espresar el cántico sublime, los trasportes del alma? ¡Rey del universo! el grito del triunfo y nuestras voces de júbilo se pierden á la vez en el resplandor inmenso de tu gloria!

¡Mediador! nosotros somos de aquellos que tu muerte reconcilió! ¡Pertenece á las legiones luminosas que tú llamas á tu gloria! Nuestros restos quedan sembrados en las vastas regiones, en donde brillará tu trono en el día de la siega.

Los gallardos mancebos que forman la juventud celeste no pueden contener súbitos trasportes de júbilo. Jóvenes serafines baten sus floridas alas en torno de Elva y de Gabriel, al modo que se abre la flor, hija de la aurora, á la fresca sombra del árbol del Líbano, y las cuerdas retumban bajo sus dedos armoniosos.

¡Oh, cómo resuenan los acentos del placer! cómo suena el canto del triunfo! Así lo publican al pié del trono escelso los mil ecos de los montes del Empireo!

Sagrada muchedumbre! desde los senderos del sepulcro te sublimas á la gloriosa vision del Sér inefable, cuya esencia es felicidad!

El salterio y la trompa truenan á la vez entre los coros de los vencedores, con los cuales murmura la cuerda aérea, como murmura el argentino arroyo, y los vientos etéreos cobran alma con los acentos del amor. El soplo ligero se transforma en tempestad, la tempestad en truenos, y entre la tempestad y el trueno retumba la armonía de los mundos fugitivos. Jesús gobernó á su pueblo, desde el día en que fué llamado el padre de los creyentes, hasta el día en que Bethléem y su agreste cabana escucharon los llantos del celestial infante. Y los coros del ejército triunfador, cantan las maravillas del pueblo, de la gracia y de la austera justicia. Inflámase su salmodia con la rapidez del pensamiento, y un raptó impetuoso los arrastra de prodigio en prodigio. Un coro refulgente vuela y hace vibrar la plateada cuerda; óyele el otro, y puede apenas contener el fuego del entusiasmo que le oprime, y á los jubilosos acentos mezclan sus voces austeras y terribles los ángeles de la muerte.

Oh mar! tú detienes tus ondas airadas; así lo manda el Eterno! y con sus sombras ó con sus nocturnos reflejos cubre la nube al pueblo de la ley! El pavor y la diestra del Altísimo hieren con la nube al temerario rey, á sus corceles, á sus guerreros!

El severo silencio de los ministros de la muerte deja oír el bronco sonido del acero de las venganzas. Escúchalo Mirjam, y su dulcísima voz canta el triunfo de los elejidos del Señor.

Hija de Amram, yo iba al frente de las vírgenes de Israel. La mar es tu sepulcro, tirano de Misraim! el onda te devoró junto á las cañas de la orilla! como se hunde el plomo hasta el fondo de las olas embravecidas!

El guerrero cubierto de hierro, los carros y los caballos, tú mismo caes, soberbio Faraon! La indignacion del Señor rompe entre los fuegos de la nube, y el pavor les precipita en las ondas del furor!

Los ángeles apartan su vista consternada de la caída de Abiram, de Kora, de Dathan, y cantan el juicio de los rebeldes de Levi.

Oh voz de terror que te levantas del abismo! de entre el torbellino de polvo y de llamas salen en vano gritos lamentables! pero mas terrible aún que los gritos y los gemidos, tu silencio proclama el fin mas desastroso!

Una sola mirada dejan caer sobre las ruinas de la soberbia Jericó; un solo acento recuerda su caída y sus escombros.

La trompa de los combates y la plegaria de los guerreros rodean las torres altaneras de la ciudad de las palmas! Brillado ha el día de tu ruina, y tú caes, oh Jericó, entre las llamas y el trueno!

Mil otras arpas resonando confunden sus armonías deliciosamente, y con ellas la voz de los espíritus celestes

Cuáles fueron tus destinos, ¡oh Judá! El Hijo de Bethléem, el de la negra cabellera corre con ligero pié, arroja el palo, y la piedrecilla hiere el frente del gigante que se ríe de sus armas!

Y el Señor eleva el pastor del Ephraim! Ciñe su noble frente con el oro de los reyes, y su boca es enriquecida con el oro aun mas puro de los cánticos! El repueba tu véstago ¡oh tribu de Benjamin! y su sangre corre y tiñe las cimas de Gelboé!

Y David contempla al Mediador salido de su propia sangre; y su himno vuela sobre el ala del amor. Las voces de júbilo de los coros mas angustos cantan las alabanzas del Criador, fuente de toda clemencia.

Y otros salterios resenan á lo lejos, y sus acentos sublimes se mezclan con las voces de los ángeles.

El ruega, y de lo alto de los cielos cae la llama: la víctima es devorada por el celeste fuego: las aguas que bañan el altar suben y son consumidas por la llama de los cielos!

Y siete querubines salen de su coro, y rodean al Profeta á quien fué concedida la sublime vision de la redencion futura.

Y tú solo estás sin voz! tú, que junto al Eterno viste al severo queru-

bin, velado con su ala poderosa! Los cimientos del templo se estremecen con la voz de los espíritus: sus legiones rodean el trono de los cielos!

Yo quedé sin voz cuando junto al Eterno ví al austero querubin velado con su ala poderosa. El templo retendió á la voz de los espíritus, y sus legiones rodeaban el trono de los cielos!

Santo, oh! Santo es el Señor, el Dios de los ejércitos! Tal fué el clamor que voló por las bóvedas de los cielos. No tienen número los que adoran al Eterno. De su trono y del polvo brotan alabanzas á su gloria increada.

La admiracion llena el alma del Profeta. Mudo, medita el rey del universo. Mas no tarda en invocar á las trompas celetes, cuyo estruendo delicioso se mezcla con sus cánticos.

Sion! la Virgen sublime te desprecia, y se ríe de tus furores! la hija de Salem te persigue con sus desdenes, porque, ¡quién es aquel contra quien se dirigió tu blasfemia!

¡Contra quién, oh soberbio se ha levantado tu voz? Tu orgullosa mirada amenaza en su mismo templo al santo de Israel! tu impío delirio se ríe de Jehová, y tu boca audaz pronuncia estas palabras.

Los carros de mis guerreros han cubierto la montaña; desde lo alto del Líbano rodaron los cedros y los pinos bajo el filo de mi hacha inexorable!

Yo toqué hasta los confines del Carmelo, las lanzas de mis soldados llenaron sus bosques. El brazo de mis guerreros escavó la profunda cisterna.

El pié de mis caballos agitó los lagos de Israel: ellos secaron sus rios y sus arroyos! ¡No oiste nunca hablar de lo que en otros tiempos obró mi omnipotente brazo!

Desde lejos preparo ya los combates, y la victoria está pendiente de mi voz! Caen á mis golpes las ciudades y sus almenas, y cúbrese la colina de vastos escombros! La afrenta y el horror del carnaje hacen caer sin fuerzas los brazos de tus guerreros!

Y caen éstos como la yerba cortada por la hoz del segador. ¡Así se marchita el musgo de los tejados, y el heno que se seca al ardor de los rayos del medio día!—No conoces pues tú, mortal altanero, tu morada y tus caminos!

No se me oculta ninguno de tus furores. Y ya que contra mí osa levantarse tu delirio, y que penetra los cielos, y provoca mi indignacion;

Voy á oprimir con un anillo de hierro las humeantes narices de tus corceles, y á domar con un freno tu furor. Y en tu fuga de ignominia recorrerás las desiertas regiones que ha devastado el brazo de tus guerreros!

Así canta la inflamada voz del sublime Profeta, y los siete espíritus continúan la historia de las venganzas.

Huye, huye Sanhéríb á los altares de Neírach! De lo alto de Sion suena la voz amenazante del profeta de los furios; preparáse ya la celeste venganza!

Que afirme su férrea planta para el juicio de sangre. El sombrío rojo de los cielos ha cubierto de palidez las rosas de la aurora: cubiertos están de muertos las campiñas de Judá, y el Rey de Assur huyó perseguido por el terror.

Y el profeta de Chebár se adelanta entre los fúlgidos coros que cantan al Eterno, seguido de doce jóvenes escogidos entre los mas hermosos de los ángeles y de los hijos de los hombres. Su vuelo es ya una armonía, antes que sus arpas celebren las grandezas del Mesías. Y batiendo sus sonoras y ligeras alas, preceden al divino objeto de sus respetuosos transportes. Su radioso vuelo es magnífico y terrible: mil resplandores coronan su frente, y su mirada es una móvil llama. Y en voz unánime cantan al que reina sobre Judá.

Vengador! ¡cuántas voces fuiste el escudo y la salud de tu pueblo! con qué facilidad rompiste los brazos devastadores! Cómo derramaste su sangre en torrentes de humo! Los que aman la matanza, no, jamas escaparán de tu potente indignación!

Rey de Assur! tú pareces el terrible reptil cuyo ronco clamor hace temblar las orillas de Egipto!... Altanero como el Líbano, arroja á larga distancia su gigantesca sombra; erguido como el cedro, su verde cima llega y amenaza á los mismos cielos!

Y manda á las ondas, y con su tronco inmenso dá sombra á las aguas agitadas! A su alrededor dá mugidos el rio cenagoso, y otros árboles reciben de él los arroyos que sacian su sed.

Por esto domina á los árboles de la comarca, y se place en estender la hojarasca de sus ramas, y en humedecerle con las aguas que inundan la campiña!

Bajo su poblada copa fabrica el aveçilla su aérea morada, y el reptil del polvo yace bajo su vasta sombra! Los pueblos habitan debajo tu sombra magnífica, árbol soberbio, que te secias con todos los torrentes del valle!

¡Quién fué semejante á tí? Cedro del Señor, y tú, pino de la montaña, menos robusto es vuestro tronco, que su brazo de lozanía! El es la gloria del bosque inmenso que plantó el Omnipotente!

Embellecido fué por la mano del Señor: él fué, quien hizo crecer sus brancas y sus ramas, para que fuese un objeto de envidia para los árboles de las selvas! Mas porque su cima tocaba á los cielos.

Su corazón se hinchó de criminal orgullo; se embriagó de efímera grandeza. Entonces, oh Vengador, le dejaste abandonado al mas poderoso tirano para que le diese el premio que merecía su estentado!

Y el brazo del extranjero lo derribó sobre su tierra nativa! Y la montaña, y el valle, y la onda de sus arroyos se cubrió con sus ruinas. El hacha cortante abatió el tronco, dispersó las ramas y su espeso follaje!

No tiene ya mas sombras que dar á los pueblos congregados: huyen las naciones del árbol despojado: sobre su tronco á pedazos, mora el pájaro de las noches; sus agostadas ramas sirven de fugitivo asilo á la fiera de los campos.

¡Cayó! Ningun árbol se levantará ya mas sobre las orillas del rio con tanta grandeza! Ninguna otra cima estenderá tan léjos la frescura de su sombra!

¡Cómo descienden al sepulcro los que temia el universo! Assur se ha desplomado al mortal abismo, cuyo profundo seno ha gemido por la caída del monarca de Babel!

Un velo de dolor ha cubierto el rio y sus corrientes, y su onda ha cesado ya de correr! El Líbano se ha vestido de luto, y los árboles del valle se han marchitado en torno del abatido cedro!

Desplómase con estruendo, la tempestad lo precipita á los horrores de las tinieblas, y los pueblos del rededor quedan despavoridos: tú yaces en el abismo, oh foresta de Eden, y tú, bosque que cubrias el Líbano!

Yace en la tumba de la noche y con él los reyes que cobijaba su poder! brazos del altivo cedro, han caído en torno de él, entre lo que abatió el filo de los guerreros!

Y el silencio sucedió á sus cantos. Al modo que la tierra suspende su estremecimiento terrible para arrojar luego hácia los cielos consternados los espesos torbellinos de polvo y de ruinas, mezclados con los gemidos lastimosos de los que devoran sus abismos!

Así como á Assur, tú precipitas el Egipto, Rey del universo, Hijo del Eterno! El dragon de los mares se ha zambullido en el rio: con su planta cruel enturbia las rápidas ondas, y corre envuelto su negro fango con las olas que braman hinchadas.

El exclamó: el rio está bajo de mi poder! yo le hice nacer en las llanuras del Egipto! Mas el Señor tiende su inmenso lazo, y sus legiones cazan al rebelde en la red mortal!

A pesar de su peso, y de su informe masa, sus escamas son débiles para librarle en el peligro. El Señor le saca del rio aterrorizado, y le hace pedazos en los campos de Misraim, y su voz de trueno, llama á todo ser que con la ala impetuosa hiende los aires despedazando su presa!

Todo lo que en el polvo arrastra consume la carne! Cadáver horrible, con sus miembros despedazados, cubre el lado de la montaña el umbroso vallado: la onda que le lleva se tñe con la sangre de la bestia feroz.

Su sangre ha enrojecido la sombría montaña, y ha enrojecido el rio de los arroyos! porque ha sido precipitado al abismo de la muerte.

En los tenebrosos abismos ha encontrado acojida entre los que, conquistadores como él, degollaron á los mortales! Todos cayeron al golpe del cuchillo, y duermen el eterno sueño entre las víctimas de sus furores!

Como ellos reposa Assur: en torno de él todo un pueblo destruido. Cuchilla! hieres tú! y al punto se abisman en tus negras profundidades todos los que fueron el espanto del universo!

Como ellos reposa Elam, y á su rededor sus robustos guerreros. Cuchillo! hieres tú, y al punto se hunden en los astros profundos cuantos fueron el terror del universo!

En los desiertos campos yace Merech, y mas léjos Thubal! Héroe y guerreros yacen sin armas y mueren sin gloria! no se halla su sangrienta espada bajo de su cabeza, y las llanuras blanquean con sus huesos!

Horribles reprobados! Ellos fueron el horror y el espanto de la tierra! Faraon! tú yaces bajo las plantas de tu vencedor, tú duermes entre tus guerreros que el hierro ha segado.

Dominadores de Edem, conductores de guerreros! Vosotros estais sepultados en la noche de la tumba! Ellos vacilaron bajo la cuchilla destructora, y cayeron entre los millares que hirió la espada!

Con ellos caen tambien los pueblos de Sion! Un rojizo sombrío cubre la frente de los príncipes, porque la audacia del combate alcanzó á sus guerreros, que cayeron sin número bajo la hoz de la muerte!

En las tinieblas del abismo Faraon reúne sus legiones; su corazón palpita á la vista de sus guerreros: y el pavor cede al orgullo de su pensamiento!

Tú lo has precipitado, Dios de las venganzas, Dios de los justos furores! A tu mirada cayó en el abismo! Porque también eres el espanto de la tierra, oh juez del universo!

Y la tierra va rodando á lo léjos en el abismo de los cielos.

Y la triunfal cohorte está ya á las puertas de los cielos. Su ávida mirada contempla de léjos el trono de Jehová, y le vé refulgente de la gloria increada. Y los espíritus que habitan los cielos ven acercarse la brillante muchedumbre; una repentina sorpresa se apodera de los ángeles, y muy presto resuenan gritos confusos de admiración, de alegría y de terror. Ningun ángel, ninguno de los espíritus del trono habia conocido la hora sagrada en que el vencedor volvía á entrar en el celeste imperio; y solo habian apercibido entre las distantes armonías de los mundos del espacio las aclamaciones de los cielos. Y de colina en colina el potente querubín esclama: ¡Jesus! y mil voces seráficas, mil voces humanas tornan á las inmensas soledades del empireo el nombre de Jesus. De rayo en rayo hasta en los altares de los perfumes, hasta la formidable nube que vela el santo lugar, retumba la voz: ¡Mesías! —; Mesías! Se oye

desde el trono de los cielos, y ante el clamor inmenso de los espíritus enmudecen el ruidoso susurro de los bosques, el murmullo de los arroyos, y hasta el mugido de la onda poderosa que hace rodar sin fin el océano de cristal. Y cuando Jesus, el consumidor de la salud, á quien rodean los resplandores moribundos de un mundo vecino, pone su divina planta en el pórtico de los cielos, caen entonces de las angélicas sienes las radios coronas, y siembran de palmas la sublime senda que al trono conducen. Y los que siguieron al vencedor, serafines, mortales, todos siembran palmas bajo su planta victoriosa, todos marchan á su rededor, sumidos en la humildad de su pensamiento. Y las almas oprimidas por tan repentina felicidad, goce de los cielos, se paran inmóviles en uno de los celestes pensiles, pero la trompeta de Gabriel les hace seguir al Mesías.

Y Jesus se acerca al trono. Súbito silencio domina en las moradas del cielo, la trompeta no despide ya sonidos para llamar á las almas; hasta los patriarcas quedan inmóviles. Los ángeles van siguiendo todavía, mas presto se paran, caen, y adoran al Eterno. Gabriel, el único entre todos los séres criados, ha seguido al Mesías hasta el pié mismo del trono. Allí se postra contemplando al Altísimo, y nuevas ondas de luz le ocultan á la mirada de las legiones celestiales.

Y el Sér infinito y sublime, aquel á quien todos conocerán algun día y adorarán todos entre lágrimas de placer, el Padre del Salvador, el autor de la clemencia, ¡DIOS!!! se descubre en los resplandores inefables de su amor. ¡El Hijo del Eterno, el autor de la alianza, aquel á quien todos reconocerán un día, á quien todos adorarán entre lágrimas de placer, víctima y vencedor de la muerte, Mediador y fuente de toda clemencia, Jesus, se descubre en los resplandores de su amor! ¡Así los cielos de los cielos contemplan al Padre! ¡Así los cielos de los cielos contemplan al Hijo! ¡Y Jesus sube al trono de la gloria, y se sienta á la diestra de su Padre!

Es muy de creer que Maria disfrutó en aquellos momentos de gloria de los triunfos de su Hijo, abriéndose á su mirada mortal la entrada de Jesus en los cielos, cuyas puertas se volvieron á cerrar lentamente tras el Dios vencedor. Maria, para completar mas su sacrificio, debió quedar sola sobre la tierra, como una yedra arrancada de raíz, pues Dios no solo quiso que hubiese tomado parte en la redención del mundo, sino que, guíase personal y visiblemente los primeros pasos de la naciente Iglesia.

Durante los diez dias que siguieron á la Ascension, estando reunidos los apóstoles en el cenáculo, y en la mas ferviente oración, Maria los animaba con su ejemplo, y recibió con ellos aquella maravillosa efusion de gracias celestiales, que tanta celebridad ha dado al día de Pentecostés.

Un viento fuerte parecía descender del cielo con violencia, que hacía temblar el edificio: pareció una llama misteriosa que, partiéndose en varias fracciones, fué á posar sobre la cabeza de cada uno de los discípulos reunidos, símbolo de la luz y de la caridad, que muy presto debían ilustrar y alegrar al mundo.

Dos grandes acontecimientos se leen en la historia de los siglos, relativos á la palabra del hombre y á la palabra de Dios. En la confusa Babel, el orgullo de los hijos Adán, renovando las pretensiones de éste cuando soñaba igualarse con la Divinidad, pretendía como escalar el trono del Escelso por medio de un monumento gigantesco; pero Dios los confundió con el uso de la palabra. Dejaron luego de entenderse, y perdida repentinamente la razón en aquel laberinto de dialectos creados allí mismo para abatir sus planes insensatos, Dios castigó al hombre por su propia palabra. Cuando empero otros hombres, llenos del espíritu de Dios, debían poner en el mundo los cimientos de una nueva ley de amor, monumento augustó é inmortal que debía unir en realidad la tierra con el cielo, la palabra regeneradora de Dios, puesta en boca del hombre, volvió á hacerse universal: los propagadores santos del Evangelio se sienten de repente inspirados con el don de todas las lenguas. Unos hombres rústicos y sin letras se hallan transformados por medio de un fuego divino, su pensamiento cobra desde luego las colosales dimensiones de los designios de Dios, y su corazón se siente abrasado en aquella llama que les había bajado de lo alto para abrasar con ella el universo. El parto y el medo, el elamita y el habitante del Ponto y de la Frigia del Egipto y de la Libia, el culto griego, el orgulloso romano y el árabe, todos comprenden á los enviados de Dios, que por un prodigio inaudito, ó hablan una lengua universal ó hablan á la vez en todas las lenguas. El género humano, que herido de muerte en su cuna, fué dispersado y como arrojado á distintos puntos para regar con sus lágrimas las diversas regiones de su destierro, vuelve á reunirse ahora en una sola familia, despues que el nuevo Adán, dándole el ósculo de paz á costa del sacrificio de sí mismo, hubo vuelto á su Padre, para hacer descender al Espíritu de Dios sobre la tierra y animar con su soplo vivificante el nuevo hombre espiritual que había creado. El descenso del Espíritu Santo completa esta segunda creación: él separa la luz de las tinieblas; él arroja sobre la tierra las nuevas generaciones de vivientes por la fe y por la caridad; él coloca al hombre rescatado y amigo de Dios en el nuevo paraíso de la Iglesia, refugio del paraíso inmortal, para que el hombre fué criado, y con el cual ha de venirse á unir al fin de los tiempos.

¿No escuchais el estrépito sordo con que descende la sagrada llama

para derretir el yelo de nuestro corazón y abrasarle en el amor divino? ¿No veis postrada la dócil y conmovida grey al ruido santo con que se renovó la luz de la tierra? ¿Ah! ¿cuán férvida ha de ser la esperanza, cuando el Espíritu Dios, el Amor por esencia, viene á fecundar con su soplo omnipotente los gérmenes de virtud y santidad que el Verbo enviado por el Padre vino á esparcir sobre el mundo! Ese mundo árido, que tanto necesita de los raudales de la gracia, ese mundo de yelo, que tanto necesita de la llama regeneradora, ese mundo corroido en sus entrañas por el doble cáncer del orgullo y del deleite, que con tanta ansia espera una palabra de salud!

Lo restante de la vida de Maria nos es del todo desconocido: creese sin embargo, segun tradiciones admitidas en el siglo IV de la Iglesia, que permaneció por algun tiempo en Jerusalem, y despues siguió á San Juan á Efeso, su hijo adoptivo. Dios respetó la discreción y la modestia de esta existencia tan elevada y tan pura, cubriéndola con el velo del silencio: los hombres pueden meditarla, pero no espresarla por medio de palabras. La comun doctrina de los antiguos Padres es que los ejemplos, las súplicas y la conversacion de Maria fueron la luz y el valor de los apóstoles, y atrajeron las bendiciones de Dios sobre la naciente sociedad de los cristianos. La opinion mas recibida es que ella murió en Efeso, en una edad muy avanzada.

Cuando el Sol de justicia, segun la bella imájen de Orsini, se había ya encubierto en el sangriento horizonte del Gólgota, la Estrella de los mares continuaba reflejando sus dulces rayos sobre el mundo renovado, y ejercia sus benignas influencias en la cuna del cristianismo. No hay duda que la presencia de la Madre del Salvador debió influir poderosamente en los progresos de la primitiva sociedad cristiana, y que la Esposa del Espíritu Santo contribuyó mucho á la consolidacion de la Esposa del Cordero. ¿Con qué confianza y amor irian los apóstoles á deponer á los pies de Maria los precoces frutos de sus conquistas! ¿Con qué fervor y santo entusiasmo recibirian su bendición para correr despues hasta los últimos confines del mundo á predicar á su Hijo crucificado! Maria tuvo que sufrir ya los efectos de la terrible persecucion que por primera vez se levantó contra los cristianos el año 24 del Señor. Alcanzó, pues, á Maria el tenaz furor de esta persecucion sistemática contra la Iglesia, que ora en torrentes de sangre, ora en hálitos pestíferos de error y de corrupción, debía perpetuarse en el mundo por tantos siglos, que ha llegado hasta nosotros, la agonía del mundo, la prueba y la gloria de los escogidos de Dios.

Nada tiene de extraño que no hayan quedado memorias acerca de la

vida de María, pasada lejos de Jerusalem, en tierra estraña, y sin hecho alguno estrepitoso que la hiciera memorable. María habia llegado ya al colmo del heroísmo, participando del honor y de la obra de su divino Hijo, y sus días, despues pasados en la oración y en la secreta comunicacion con el cielo, no fueron mas que un prolongado suspiro hácia la eternidad.

El moderno historiador de María traza deliciosamente la mansion de María en Efeso; y su saludable y poderosa influencia, tanto en los progresos de la Iglesia en aquella region, como en ciencia maravillosa que se descubre en el Evangelio del discípulo amado, el Aguila del libro de la Revelacion. Ved ahí uno de sus graciosos cuadros.

“En cuántas ocasiones, sentadas á la sombra de un plátano, á orillas del delicioso mar Icario, cuyas olas espiran al pié de los mirtos, en un estrecho arenal, María y la Magdalena, al seguir con la vista una galera griega que dirijia hácia la Siria su proa, evocaron las memorias del país natal! Entonces eran asunto de sus conversaciones las immaculadas nieves del Líbano, las azuladas cimas del Carmelo y las vivas aguas del lago de Tiberiades; alternativamente se les representaban los lugares de la patria, embellecidos con la distancia, que les parecian mil veces preferibles á la voluptuosa y risueña Jonia, que era con efecto, comparada con la tierra de Jehová, lo que la lira de Anacreonte en parangon con el arpa de David.”

Supone este autor que María quiso ver, antes de morir, los lugares de la Redencion, y respirar otra vez los dulces aires de su patria. Hé aquí cómo traza el bello viaje de su vuelta á la Palestina:

“Embarcáronse los pasajeros, no en Esmirna, entonces insignificante y pobre poblacion arruinada por los Lidios, sino probablemente en Mileto, á cuyo famoso puerto concurrían á encontrarse las galeras de Europa y de Asia que navegaban en aquellas aguas. En su travesía por los mares de la Grecia, la Virgen y el Evangelista reconocieron al paso la isla de Chio, cuyo pueblo, en posesion por mucho tiempo del imperio marítimo, introdujera el odioso tráfico de esclavos, tráfico que el Evangelio iba á abolir lentamente, luego á Lesbos, patria de los poetas líricos, donde los himnos á la purísima Virgen debían suceder á las odas eróticas de Safo y á los cantos mas robustos de Alceo. Al ver encubrirse en las nubes el remate del templo de Esculapio, que atraía á la isla de Cos un inmenso concurso de estranjeros; la Madre del Salvador acordóse de su divino Hijo, que único en la tierra habia poseído el poder de aplacar las dolencias físicas y morales, y de arrebatár su presa á la muerte. Delos, cuna de Apolo, Rodas que lo fuera de Júpiter, levantábanse sucesiva-

mente del seno de las aguas, con sus verdosos montes y sus antiguos templos, poblados de dioses que muy pronto habia de relegar á los infiernos el Dios crucificado en el Gólgota. A poca distancia de Clipse, distinguíase en la region de las nubes un punto negro que en el brillante azul del cielo se dibujaba; era el monte donde antiguamente erijiera el profeta Elias un altar á la futura Madre de Cristo, y en el cual se hallaban sus discípulos en el momento de acogerse á su benéfica proteccion. Al día siguiente la galera entraba á fuerza de remo en un puerto de Siria; tal vez el de Sidon, cuyas relaciones de comercio con la Palestina eran bastante estensas según refieren los sagrados libros.

Apenas llegaron los viajeros á Jerusalem, retiróse la Virgen al monte Sion, á poca distancia del palacio ruinoso de los príncipes de su familia; á la casa santificada por la venida del Espíritu Santo. Separóse de ella San Juan, para ir á participar á Santiago, primer obispo de Jerusalem y á los fieles que componian su Iglesia, á la sazón numerosa, que la Madre de Jesus volvía á su lado para morir.”

Asegura igualmente la tradicion que María murió rodeada de los apóstoles, que por divina inspiracion se hallaron reunidos alrededor de su lecho. María no sucumbió por la debilidad de la naturaleza, sino por un esfuerzo de amor divino.

Inspirados á un mismo tiempo los apóstoles que estaban diseminados por el globo para enarbolar la Cruz en todos los confines de la tierra vienen en torno del lecho de gloria. Pedro estaba á la sazón en Egipto, Pablo en Efeso con sus discípulos, Andrés en Acaya, Tomás en el centro de la India, Bartolomé en la América mayor, Mateo en Etiopia, Simon Zelote en Mesopotamia, Júdas Tadeo en Arabia, Matias, Juan y Santiago el Menor en la Judea, pues el Mayor y Felipe no existían ya en la tierra. Reunidos en el cenáculo, se asombran de verse otra vez congregados para presenciar la muerte de la Madre del Crucificado á quien anunciaban á los hombres.

El tránsito de María fué un dulce sueño, un rapto suave de amor divino. La muerte vencida ya por el Hijo se acerca con respeto á la Madre; la reconoce fuera de su dominio, porque no halla en ella sombra de aquella culpa que sujetó á su hoz devastadora la condenada progenie del hombre pecador. María muere sin amargura. Su corazón habia muerto ya mil veces en el Calvario y en las agonías de la Cruz. Su vuelo á la eternidad no debía ser mas que un éxtasis delicioso.

La Iglesia canta el triunfo de María, y aprueba como una piadosa creencia la de la resurreccion de su cuerpo, cuya certitud reconoce la ilustrada piedad de casi todos los Santos Padres. Parece que el estáti-

co Juan la descubrió ya entre sus arcanosas visiones, en aquella mujer vestida del sol, con la luna á sus pies y coronada de estrellas. El profeta Rey exclamaba ya lleno del espíritu de Dios: *Resucita, Señor, para tu descanso, tú y el Arca de tu santificación.* No hay sentimiento, dice el grande Agustino, que pueda considerar sin horror que el cuerpo de María fuese entregado á la corrupcion. María, pues, resucitó como su Hijo divino; y la piedad lo cree, la razon lo autoriza: los hijos de la Iglesia cantan en himnos ese doble triunfo.

En los primeros siglos del cristianismo se celebraba ya el misterio de la Asuncion de nuestra Señora, como lo afirman San Atanasio y San Gerónimo, que florecieron en el cuarto y quinto siglo de la Iglesia. La Asuncion de Jesucristo fué por su propia virtud, como poder esclusivo del Criador, pero la Asuncion de la Criatura que mas se acercó á la Divinidad, fué por la virtud de la gracia, y por el ministerio de los espiritus celestiales que la aclamaron por su reina y por la mas inefable de las criaturas. La Ascension de Cristo, dice el doctor melifluo, fué mas poderosa en la majestad, pero la Asuncion de María mas solemne en la pompa. Las regiones inmortales debian abrirse y recibir con júbilo y asombro á la Virgen sin mancha que habia llevado encerrada en su seno la inmensa Divinidad del Criador.

En cuanto á la edad en que murió hay alguna discrepancia entre los autores. Eusebio la fija en el año 48 de nuestra era; así que, segun su opinion, vivió María 68 años. Asegura Niceforo que terminó sus dias el año quinto del reinado de Claudio, es decir, el año 798 de Roma, 45 de la era vulgar. Y suponiendo que la Virgen tuviese 16 años cuando nació el Salvador, habria vivido 61 años. Hipólito de Thebas sienta en su cronica, que María parió á los 16 años y murió 11 despues de Jesucristo. Segun los autores del *Arte de verificar los datos*, la Virgen habria muerto á los 66 años. Y últimamente en una obra aprobada en Roma y presentada á la Santidad de Gregorio XVI, se afirma que María Santisima vivió sobre la tierra 72 años, segun la opinion mas generalmente recibida en la Iglesia.

La castidad que habia preservado su cuerpo de todo ataque de culpa durante la vida, la protejió contra la corrupcion del sepulcro como un aroma de inmortalidad. El sentimiento de humildad que tuvo siempre de sí misma, fué el principio de su elevacion y el pedestal de su gloria. Así que, se ha dado el nombre de sueño ó de reposo á los cortos instantes que sus restos mortales pasaron en el sepulcro. Salíó de este sueño y de este reposo para ser llamada despues á la felicidad del cielo, reina de los ángeles no menos que de los hombres. La memoria de esta miste-

riosa resurreccion es celebrada por una fiesta que sobrepaja en solemnidad á todas las fiestas de la Virgen María, y es querida con particularidad de la Francia, así como España celebra muy especialmente la Concepcion sin mancha. Así estas dos grandes naciones católicas honran á María en los dos grandes misterios, que no siendo aun designados como dogmas de fé por la Iglesia, ostentan mas al vivo la afectuosa piedad y el tierno entusiasmo de estos dos pueblos amados de María.

El templo celeste
De bóveda inmensa
Abrese, y suspensa
La ángelica grey,
Armónica tane
Sus cítaras de oro,
Aguardando en coro
La esposa del Rey.

Inundan la estera
Torrentes de gloria:
La nueva victoria
Cual himno sonó;

Y el cantor de Pathmos,
Pulsando su lira,
Atónito mira

A aquella que vió
Del sol revestida,
Y á sus plantas bellas
La luna, y estrellas
Su sien coronar.

Y entrar en el templo
Do Jehová posa,
Y el arca preciosa
Servirle de altar.

Los que en las alturas
Del cielo moraron,
Y no se apartaron
Del trono eternal,

¿Quién sube? preguntan,
Velando su cara,
¿A quién Dios prepara
Su söllo real?

Y absortos oyendo
El himno á María,
Su voz de armonía
Vuela cual la luz :

Y á la Madre Virgen
Del Verbo Humanado,
De soles erinado
Recibe Jesus.

Ministros celestes
Su frente inclinando,
La reina aclamando
Con himnos de amor,

Profetas y reyes
Cantan la *escogida*,
Del jardín de vida
La mas bella flor.

Cantan la que pura
No tocó el delito,
A la que al precito
Vencedora holló.

Y la que humillada
Cual sierva obediente,
A altura potente
Dios trino ensalzó.

Cantan la que herida
De tormento fiero
Vid sobre el madero
Al Hijo espirar.

Y en madre del hombre
Tambien convertida,
Su esperanza y vida
Dejóse invocar.

Que del Dios airado
Toma el rayo ardiente :
Hijo mio, tente

Que mis hijos son.
Y el voto recibe
Del hombre alijido,
Y el hondo gemido
Que clama ¡perdon!

Inmortal triunfo
Que los ciclos llena !
Inmenso resuena
Su nombre de amor !

La gloria la inunda,
Los astros la visten,
Los coros la asisten,
La abraza el Señor !

Una de las pruebas que se dan para probar la Asuncion de María, es el que ni latinos ni griegos, tan amigos de novedad y tan fáciles de persuadir en materias de religion, de relaciones y de leyendas, ni pueblo, ni ciudad, ni iglesia, se han gloriado en ningun tiempo de poseer despojos mortales de la Santa Virgen, ni parte alguna de su cuerpo. Asi que, la Iglesia, sin prescribir la creencia de la Asuncion corporal de María al cielo, dá á entender lo bastante á qué opinion se inclina. Los dos misterios de la Concepcion y de la Asuncion se dan, por decirlo así, la mano : la carne purísima debió ser al propio tiempo incorrupta ; y como María se remontaba al periodo de la inocencia original en el momento de su existencia, así despues de ella debió correr la suerte de los esposos afortunados del Eden, si se hubiesen conservado en la inocencia, pues una de las dotes de la criatura racional antes del pecado era la incorruptibilidad. Toda la fuerza pues de las razones en que se apoya la pia y admitida y ya no impugnada creencia de la concepcion sin mancha, apoyan y sostienen la muerte sin corrupcion.

En la aldea del Gethsemani, cerca del jardin de los Olivos, se conserva el sepulcro de la Santa Virgen, que es una capilla subterránea, á donde se baja por una escalinata de cincuenta gradas, ancha y espaciosa. El sepulcro se halla en la parte oriental del crucero de la pequeña iglesia. Hacia la mitad de ésta se halla á un lado el sepulcro de San José y al otro los de San Joaquin y Santa Ana. Todas las comunions cristianas tienen allí un oratorio á donde van á rogar, y hasta los mismos turcos llevan allí sus homenajes á la hija de Abraham. Parece que el sepulcro pertenecia á los católicos, pero, segun aseguran los *Anales de la propagacion de la fe* (Tomo 28.), se halla actualmente en manos de los cismáticos, que lo han usurpado á los latinos.

Despues del nombre del Salvador del mundo, no hay otro mas grande que el de María. Asi es que á ella se ha dirijido con amor la confianza de los cristianos, y solo la ignorancia ó la mala fé pueden contestar la antigüedad y el brillo del culto tributado á la Madre de Dios. Ella fué

hourada en las catacumbas, en donde su nombre y su imagen aparecen al lado de los del Salvador. Los grandes obispos de los primeros siglos la glorificaron con elogios que la piedad de los tiempos modernos no ha podido superar. Mientras que la emperatriz Helena visitaba á Belén, á Nazareth y á los Santos Lugares, levantaba á su tránsito santuarios al Hijo de Dios y á la Virgen María; el nombre de la Hija de David era pronunciado en discursos inmortales por hombres de un genio y de una fé incomparable. Muy pronto se le consagraron altares en la cima de las montañas, en el fondo de los valles, de un extremo al otro del universo. Los emperadores de Oriente colocaron su venerada cifra sobre sus estandartes; los concilios la invocaron como su esplendorosa lumbrera, y se le dedicó, con aplauso del mundo, el templo que Roma pagana habia consagrado á todos los dioses. Ella fué el dulce objeto de la devocion de la edad media, que multiplicó sobre la madera, el oro y el mármol la imagen de Nuestra Señora.

España tiene la gloria de descollar en el culto de Maria sobre todo el mundo cristiano, como la nacion predilecta de la Divina Madre. Dos monumentos eternos se levantan, uno en el siglo I, y otro en el XIII, para perpetuar la memoria del amor de Maria á los españoles, y de éstos á la Reina de los ciclos. El primero de estos monumentos es anterior á la muerte de Maria, mientras respiraba aún sobre la tierra. El otro recuerda las bondades de Maria en la época de la mayor calamidad.

Al feliz hijo del Zebedeo, Santiago el Mayor, fué confiada por el Salvador la mision de propagar en las provincias de la Hesperia su celestial doctrina. Despues de haber pasado por Asturias y Castilla, pasó á la España menor, en la region de los Celtiberos, en donde se levanta la ciudad de Augusto á las riberas del Ebro. Retirado allí con algunos fieles convertidos, y huyendo de las abominaciones con que un mundo idolátrico manchaba la luz del día, elevaba en medio del silencio de la noche su pura plegaria, para que el Señor se dignase derramar la luz de su fé sobre este suelo privilegiado. Una tradicion no interrumpida, apoyada en un documento respetable de la antigüedad, nos dice que el Santo Apóstol fué visitado personalmente por Maria, Reina de los ángeles, que respiraba aún en la tierra, apareciéndosele sobre una columna con toda la majestad de la gloria, dejando la columna como un monumento eterno de su predileccion sobre este pueblo, y manifestando sus descos de que allí mismo fuese venerada, é implorada su proteccion suprema. Atónito el Apóstol, obedeció puntualmente á las palabras de la Madre de su Divino Maestro, cuya bendiccion habia recibido antes de partir de Jerusalem; y levantó allí mismo una capilla, que fué el primer templo consa-

grado á Maria sobre la tierra, y en el cual los desgraciados invocaron su dulcísimo nombre. Erijóse despues allí la suntuosa basilica que admiramos aún en el día. Alguna vez hemos contemplado de noche ese santuario célebre, á cuyo lado se oia el murmullo de las corrientes del Ebro. Elevábase el pensamiento hacia aquella noche afortunada, en que la Emperatriz de los cielos honró con su presencia este dichoso suelo, y apareció en pié sobre esa columna que ha visto pasar tantos siglos y que ha recibido los besos y homenajes de tantas generaciones. Este destino particular de la nacion española, confirmado por tan extraordinario portentó, arrebató la imaginacion y hace latir el pecho. El pilar de Maria es como la columna del Desierto: de luz para la porcion escogida de su pueblo, y de tinieblas para aquellos á quienes ciega el orgullo del corazón. Los sumos pontífices han concedido á los piadosos españoles un día para celebrar anualmente ese recuerdo de gloria, y la nacion predilecta de Maria lo celebra con júbilo general. La columna de Maria es un simbolo de su proteccion sobre España, y un simbolo tambien de la fé que no se estinguirá en nuestro suelo, puesto bajo el amparo de Maria. ¿Y qué otra cosa es Fé en las naciones, sino una columna que las sostiene y conserva al través de los trastornos y de las ruinas de los imperios, así como para cada uno de nosotros es la columna misteriosa que nos guia hacia una patria prometida y suspirada, al través del árido y peligroso desierto de la vida?

La corte de Ataulfo, cuna de los ilustres Berengüeres, silla de sus condes, reyes de Aragon, la grande metrópoli del antiguo comercio, la madre de la industria española, la ciudad grande en su actividad y en sus recuerdos, la ciudad cuya grandeza nace de su propio genio, y que seria aun mas grande si se le dejara serlo, la bella y celebrada Barcelona, tiene la gloria de recordar hoy en sus anales una de las páginas mas brillantes de la historia del cristianismo, en los siglos de su mayor amargura y aliecion. No es la primera vez que decimos, y hoy es fuerza repetirlo, que Barcelona fué la primera ciudad considerable de España en sacudir el yugo del árabe invasor; y á principios del siglo XIII, cuando ella respiraba libre, la mayor parte yacia cautiva del orgullo mahometano. Habia á la sazón en la ciudad tres grandes personajes, entre otros dos varones eminentes en santidad, y un jóven rey, á quien por su prudencia y valor indomable se dió despues el nombre de Jaime el Conquistador. Reunidos en la santa Iglesia de esta ciudad el rey con toda su corte y magistrados y toda una generacion de nuestros ascendientes, sube al púlpito un santo doctor, y publica una vision misteriosa que él ha tenido y otros dos con él. Despues del ofertorio, el rey y el santo orador toman

de la mauo á otro santo y le presentan al prelado, de cuyas manos recibe éste último el hábito blanco y el escapulario de la órden que va á unirse, órden á la vez real, militar y religiosa; el real fundador pronuncia los tres votos solemnes, y añade otro. . . ¡Oh! ¡qué voto el de implorar de continuo los auxilios de los fieles, para redimir los cristianos cautivos, y el de quedarse cautivo por ellos si lo exige la necesidad! El generoso fundador cede una parte de su palacio para fábrica del primer convento: los caballeros redentores llevan sobre su pecho las armas ya salvadoras de Aragon, y para decorar el doble escudo, Barcelona anada la cruz blanca de su Iglesia.

¿Y qué patriarca ha instalado el primero este sagrado instituto de héroes cristianos, que no contentos con arrancar de las garras del invasor el suelo precioso de las Españas, pretenden con todos los afanes de la caridad y á costa de su propia libertad, mas preciosa que la vida, penetrar hasta la morada del dolor y del cautiverio, enjugar su llanto y dar rescate al oprimido cristiano, para volverle á los brazos de su familia y al dulce aire de la patria? ¿Qué ángel del cielo pudo inspirar á la tierra una beneficencia tan inaudita, que, en el órden puramente humano, merece compararse con el del mismo redentor de la cautiva humanidad? ¡Ah! no puede ser otra la inspiradora que la Madre misma del grande Redentor. María escoje ese punto del globo, y esos hombres que en él habitan, para fundar su órden de Redención; María es la que elije á Barcelona entre todas las ciudades del universo para instituir esa caballería de religion y de gloria que descuella entre todas las demas instituciones benéficas y salvadoras. Barcelona es, pues, la ciudad de María por excelencia, y esta *merced* insigne con que la distingue la Madre del bello Amor, personificado en su imájen de tan hermosos recuerdos, es el título mismo con que hoy la invoca toda la Iglesia militante, para que se perpetúen todos los siglos, así la gloria de la augusta fundadora, como la de sus hijos, y las de la ciudad por tantos títulos ilustre, que recibió de María la mision mas heroica que se lee en los fastos del cristianismo.

En la parte del libro consagrado al culto de María, recorre el curioso y delicado Orsini las tres épocas principales, en las que se puede considerar, empezando ya en su mismo sepulcro, en donde se ponian á orar los cristianos que venian á Jerusalem. En el siglo III ya existian altares y capillas erijidas en honor de la Madre de Dios, segun testimonio de Baronio y de San Gregorio Nacienceno, no solo en España y en Siria, sino aun en la misma ciudad de los Césares inundada de idolatria. No tardó en estenderse hasta la Grecia tan tierna devocion. En Italia desenvolvióse con todo su esplendor el culto de María, bajo el imperio del

lijo de Constancio-Cloro, no solo en la capital, sino hasta en las humildes campiñas, desde donde se trasmitió al áspero terreno de la Gália, que fué desterrando poco á poco la abundante mitología del druidismo materializado, siguiendo la amable presencia de la imájen de María, á los vanos espectros debajo de las encinas sagradas. A medida que la luz evangélica se propagaba entre los celtas, cundia asimismo el culto de la Virgen en el centro de la Europa. En la invasion de los bárbaros del Norte tuvieron que esconderse las pequeñas estátuas de María. Era muy natural que cuando aquellas hordas de salvajes inundaron al Mediodia como un torrente devastador, tuviesen que esconderse los símbolos queridos de la parte mas bella de la civilizacion cristiana, hasta que despues, por uno de aquellos prodigios que ostenta la Providencia en la direccion de los sucesos del mundo, destruido por aquellos el muelle y corruptor politeísmo romano, renació de entre las ruinas causadas por aquellos invasores la nueva religion que iba trasformando la faz de la tierra, y con ella el culto de Jesucristo, de su Madre y de sus Santos. Así es como iban descubriéndose despues las santas imágenes, libradas del furor vandálico; hallazgos que, cercados de risueños prodigios, pintan con embeleso las crónicas españolas, belgas y francesas.

En el hundimiento universal de todas las instituciones, producido por la inundacion de los septentrionales, una sola cosa pudo resistir, y fué el cristianismo. Consolados por él únicamente los vencidos, debian con el tiempo domar el feroz espíritu de sus vencedores con la influencia poderosa de la nueva doctrina, que obraba de un modo asombroso sobre aque llos genios belicosos, pero austeros y no corrompidos. Solo los rayos de una fé divina de amor y de esperanza podian ablandar aquellos corazones empedernidos: el carácter de la Madre de Dios embelesaba aquellos pueblos feroces y recién convertidos, y los godos, germanos y escandinavos depusieron sus pieles y sus mazas á los pies de María. La Normandía y la Inglaterra conoció el culto de María mucho antes que la Europa septentrional; tuvo su origen en las orillas del Ebro; pasó mas tarde á la del Sena y del Támesis, y solo despues de prolongadas luchas y señaladas victorias se estendió á las naciones del origen esclavo, entre las cuales debe ocupar la Hungria el primer lugar. Las orillas del Vistula vieron á María venerada desde la conversion de Miceislao por la bella Dumbrowka, princesa de Bohemia, y la Polonia invocó por su reina á la Madre de Jesus. Mas lenta fué en Dinamarca la propagacion del Evangelio; y por influjo del santo rey Olao la Suecia acojó en el dorado recinto de Upsal al Dios de los cristianos y á la Reina de los ángeles.

Pero, ¡qué lástima! El culto de María, que por tanto tiempo habia flo-